

La vida,
la compasión y la muerte
-Ensayos-

Juan Manuel Cuartas Restrepo

La vida,
la compasión y la muerte
-Ensayos-

Juan Manuel Cuartas Restrepo



Cuartas Restrepo, Juan Manuel

La vida, la compasión y la muerte : ensayos / Juan Manuel Cuartas Restrepo – Medellín: Editorial EAFIT, Editorial Universidad de Caldas, 2023.

122 p.; 21 cm. -- (Libellus).

ISBN 978-958-759-572-7

ISBN 978-958-759-573-4 (versión EPUB)

1. Filosofía colombiana – Ensayos, conferencias, etc. 2. Muerte - Ensayos, conferencias, etc. 3. Libertad - Ensayos, conferencias, etc. 4. Ciudad - Ensayos, conferencias, etc.
I. Tít. II. Serie

199.861 cd 23 ed.

C961

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

La vida, la compasión y la muerte. Ensayos

Primera edición: agosto de 2023

© Juan Manuel Cuartas Restrepo

© Editorial Universidad de Caldas

Calle 65 # 26-10. Sede central Tel.: (6)878 15 00, ext. 11106, Manizales

www.editorialucaldas.edu.co

Correo electrónico: libreriauniversitaria@ucaldas.edu.co

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50 tel. 604 261 95 23, medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

<https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Edición: Jorge Iván Escobar Castro y Cristian Suárez Giraldo

ISBN 978-958-759-572-7

ISBN 978-958-759-573-4 (versión EPUB)

DOI: <https://doi.org/10.17230/9789587595727lr0>

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Editado en Medellín, Colombia

*A la memoria de la voz y la persona
del criminólogo y hombre de teatro
Omar Valencia Granada*

Contenido

Presentación	9
De la libertad y la vida	11
La vida, la compasión y la muerte	13
Resentimiento y venganza	19
El drama de la libertad	25
De las ciudades	39
La ciudad y sus señales	41
Resplandores de la vida en la ciudad	59
Seis mordeduras	81
Drogas	83
Eva	87
Hambre	93
Miedo	99
Perrear	105
Sísifo	111
Referencias	115

Presentación

Movido a hojear las páginas del libro de las humanidades, me gusta imaginar este como un mosaico, rescatando del olvido un oficio relacionado con esta antigua técnica: la encuadernación, caracterizada por la aplicación de un trozo de piel dorado en la cubierta de los libros consagrados al cultivo de las humanidades, método recomendado en el siglo XVI.

Como un mosaico, entonces, el discurrir sobre las humanidades acude en esta obra a los dictados del género ensayístico, con el que se han perseguido siempre los asuntos del ser, el hacer y el expresar humano. Están aquí recogidos los argumentos con los que se ha querido dar cuenta de un objeto común cifrado en múltiples historias cuyo protagonista es el valer de lo humano.

Cuando la luz se concentra en un solo punto produce conflagración, pero si esa luz está hecha de palabras, a los ojos deslumbrados del lector se revelan composiciones de dura intensidad. ¿De dónde recabar entendimiento sobre lo humano como no sea concentrando la mirada en aquello que incendia la existencia? Para no ir muy lejos, asuntos como la compasión, el amor, la libertad se cuecen en el fragor de la palabra; pero aquí no termina todo, porque a su vez, en la palabra, se elevan los contrasentidos del resentimiento, la opresión y la venganza. Dicho así, son los ensayos algo más que un objeto cifrado; para

decir lo menos, son la transformación de la memoria, las ideas y las historias, que como la carne viva, arde por dentro. Si efectivamente eso son, no habrá sido infructuoso ni falta de significación haber avivado el fuego y la luz de la palabra.

Lo que estamos llamados a advertir es la ambigüedad del tiempo presente, que no se reduce a unas cuantas situaciones, ni a la reproducción de las retóricas recibidas como herencia. El presente, traza desafíos que exigen estar atentos para juzgar e interrogar, porque son muchas las expresiones que pueden extraviarse sin remedio. Sin perder su definición propia, el discurso y la acción se entreveran de tal manera que son la avanzada y la defensa con las que se podrá declarar y remendar la fractura del presente. Decirlo de esta manera puede causar escozor para quienes parecieran estrellarse contra un muro cada vez que son puestos de cara a acciones como la violencia, en las que el discurso es, en sí mismo, acto y ausencia; dicho gráficamente, puesto al servicio de la violencia, el discurso nos tiene en la estacada. Pero también es acción la seducción.

Situaciones como estas hacen posible la discusión sobre aquello que repercute como un eco de cuanto se dice y se decide sobre nosotros mismos. En la forma del ensayo cobra realidad la razón de la sinrazón de asuntos que, desde la cotidianidad, despliegan múltiples visiones y conocimientos sobre la condición humana. De tal manera, los ensayos cargan a sus espaldas la compleja articulación de la vida en sociedad, buscando desprender de allí la exigencia que nos reclama “pensar desde nosotros mismos” (Vargas, 2002).¹

¹ Paráfrasis del título de la obra *Introducción fenomenológica a la filosofía en América Latina* del filósofo colombiano Germán Vargas Guillén, que reza: *Pensar sobre nosotros mismos*. Bogotá, Editorial San Pablo – Editorial Universidad Pedagógica Nacional. 2002.

De la libertad y la vida

La vida, la compasión y la muerte

Por todas las vías posibles procura lo sano alegrar los tiempos y el habitar en la tierra. Alegra contener el fuego que destruye, traspasar nubarrones, respirar hondo, desviar la muerte y, con grandes esperanzas, decidir volver. Regalan alegría los ojos de los seres que hermosamente moran en el mundo, como en otro registro se ha dicho “poéticamente habita el hombre” (Holderlin, 1951). Cada quien busca deleitarse de esta tierra “amorosa e invencible” con felices encuentros. ¡Qué aplauso! ¡Qué alegría!; la vida ancha se alaba como los bebedores al vino. ¿Qué ocurre entonces cuando se avasalla una vida, y los despojos de su muerte son la representación de un contenido ausente: la compasión? La escena a la que acuden los científicos forenses revela perdido ese horizonte humano. Tocado de indignación, alguien reclama, despojos no son, sino su esencia suspendida, el eco de su voz y sus latidos, la indignación que no será nunca un olvido. Pero una vez se retira todo, con meticulosa asepsia, no queda allí, de la vida y de la muerte, la menor huella. Ausente de lo que anuncia el camino, ya sin la vida, ha dado un paso en el vacío. Una piedra triturada no revela conmoción, ni reclama para sí consuelo alguno, pero ¡ah de la vida que se encuentra a la deriva, sin el regalo de otras manos y otros ojos que le traigan compasión!

Para el conato de la propia vida un asunto crucial se ofrece en el discurrir de todos los días: presenciar de los otros su

ser y su razón; acercarse y cobrar evidencia de que están ahí, significativamente vivos. Ello es que quien declare “yo soy todo en este mundo”, no obstante avizora en los otros un exterior posible. Sin este prolongamiento de vernos y sentirnos, nada se lee si un cuerpo yace en un rincón, sin fe, ni percepción, un cuerpo desvinculado, rasgado, acribillado, que mientras otros avanzan con los sentidos sellados, encapsulados, ajenos, aún ruega que ingrese en su piel una experiencia viva de pudor y compasión.

Algo se oculta y muere en cada quien; afanes y precariedades empujan a alguien a darse muerte. Todos reclaman entonces: ¡Qué brutal contrasentido! Tarde llega su ternura por la autodestrucción y la muerte del que ocupaba los mismos espacios, pero nadie lo auscultó ni lo escuchó, nadie acercó a sus cuitas una lente de genuina comprensión. Cuando se desdeña por actitud, de nada sirve saber que correspondía a la compasión enfrentar allí un combate contra el individualismo. “Orientarse-el-uno-según-el-otro” (*Sich nacheinander richten*). Preguntar sinceramente por el estado en el que se encuentra, experimentarlo como parte del propio ser existencial en el mundo. ¿Qué nombre dar a todo esto sino “reclamos de compasión”? Pero ¡al cuerno la compasión, si no conecta con la dignidad de otra persona que necesita atención! Que sea un ebrio, compasión no es enjuiciarlo ni conmiserarse con él, sino aproximarse y escucharlo, y siendo un ebrio, es a su vez un maestro, tal es su dignidad; se debe, entonces, antes de que el maestro muera malquerido y solitario, sobreponer prejuicios y conseguir comprender que aun siendo lo que ha sido, estropeado ya su cuerpo, su vida ha sido estar con nosotros. A donde llega la muerte, no llega la resurrección.

La violencia ejecuta sin piedad; se escucha el rechinar de las armas, el impacto de los cuerpos, cabezas que golpean contra el rudo pavimento, la confusión, los improperios. En el lugar de los hechos, ¡qué descoordinada la existencia humana!, mientras que la forma última de la compasión guarda silencio.

Indignado acaso por quienes derriban vidas como piezas de ajedrez, el filósofo alemán Ernst Tugendhat pregunta: “¿Estamos obligados a la compasión?” (1997, p. 176). Se puede responder, de un lado, que sí, que la compasión es al mismo tiempo un valor profundo y un contenido consciente; pero se desajusta la respuesta cuando la compasión se carga de contenido moral. Sin embargo, la modulación adecuada entre pensar y actuar es un valor; la exigencia no es poca: “la compasión solo será auténtica compasión –sostiene el filósofo danés Søren Kierkegaard– cuando el compasivo sepa identificarse con el que sufre, de tal suerte que su lucha por buscar una explicación al mal del otro sea también una lucha por sí mismo, habiendo renunciado de antemano a todo lo que sea vacuidad intelectual, sentimentalidad o cobardía” (Kierkegaard, 2007, p. 214). Y es también un contenido consciente, mejor se diría, un sentimiento de concomitancia con quienes medran en el mundo, siendo el trasfondo de este contenido, la educación y las costumbres. Pero algo sucede, algo se desajusta en la compasión como contenido moral, cuando se la toma como una excusa para intervenir en otras vidas o como el falso deber de adoptar la forma del ser-bueno, que no obstante juzga y objetiva el estado de sufrimiento en el que se encuentra no importa quién. Cada que no sea posible trazar diagonales auténticas, realizar anticipaciones comprensivas sobre el estado de alguien, sucumbe la moral compasiva.

No es ello, sin embargo, un suceder fortuito de la desatención que se otorga a los demás, sino el vacío real de la indiferencia, que no se remedia ni con excusas ni con discursos.

El filósofo alemán Arthur Schopenhauer propuso como principio moral: "*Neminem laede; immo omnes, quantum potes, juva*" ("no dañes a nadie, sino ayuda a todos cuanto puedas"). Más allá del egoísmo, o del "deber consigo mismo", tanto reclama la vida como la muerte: que se actúe con altruismo y que se cuide como sagrado lo sencillamente humano. Pero en muchas ocasiones el principio moral de Schopenhauer resulta insuficiente cada que se presentan situaciones en las que reinan intereses mezquinos, antes que la sana compasión.

Cuando se recorren las carreteras, la visión es devastadora; los manchones de sangre recrean episodios brutales en los que perros, gatos, serpientes, tortugas, ciervos, ardillas, vacas, potros, etc. son destripados por las llantas de los automotores. El fenómeno no es local, ni mucho menos; se reporta en todos los confines ¿Cuál es, entonces, si acaso es, el "otrosí de los animales"? Acobardados por el pánico, ni el llamado de la especie, milenario y enigmático, consigue protegerlos. Los animales viven en un mundo humano-inhumano lleno de barreras espinosas, crueles y asesinas; no ya su dignidad, apenas sí su seguridad, a menos que la voluntad humana los proteja y los preserve, no será nunca *gratia plena*.

Ocurre otro tanto con la vida no nacida que decir "compasión" es no decir nada. Como habitante del mundo, un embrión humano se debate entre las aguas, sin embargo, una advertencia le amenaza: "¡Afuera!". La estricta racionalidad ajena piensa en lo que significa cargar con otra vida en la complejidad de la propia vida, contempla las probabilidades, los agravantes morales.

El embrión consigue sobrenadar un día más; dos grandes bolas que serían sus ojos miran a un universo oscuro que no ve, pues más allá de su condición líquida, no aplica para él la ley de la compasión. La reinita cae de rodillas, llora solitaria una tragedia, su derecho a la vida en medio del más cruel deseo de romperlo todo, de sacarlo todo, y extinguir la ciudadanía de un embrión sin derechos aún y sin virtudes. “Los extremos de la vida –sermonean los filósofos– significan indolentemente la elección de la muerte” (Papacchini, 2001, p. 172).

El embrión tiene ahora unos minutos más, mientras en su exterior la reinita llora y llora; dice ser una tonta, dice querer morir, pero no rompe los espejos, ni raja sus venas, solo agujerea, metafísicamente, su propio corazón; mira hacia adentro, sabe que alguien habita allí, ocupándolo todo. Entre tanto, el embrión goza en su cuerpo, moviéndose como balsa, al impulso de la marea. La reinita tiene ahora una aguja entre las manos; se rompe las vestiduras, se libera del principio moral de Schopenhauer, y quiere a la vida erradicarle su dimensión problemática, la aguja penetra en sus honduras.

El embrión, problema moral, gira por centésimas de segundo entre sus aguas antes de que un clavo violento lo rompa y lo derrame. La reinita sangra en el piso como una fiera herida; le interesará el debate moral cuando retorne a su “propio cuerpo”; entre tanto, destrozada, ni el embrión –juzga– era cualquier cosa, una bolita de sangre que le dolía adentro, ni siquiera un sujeto moral, un amasijo apenas de código genético. La vida no nacida no está ya en ninguna parte; ha pasado por un mundo sin compasión como ángel caído.

De la vida, la compasión y la muerte, lo que interesa desentrañar tiene que ver, finalmente, con el ser y la mirada del

otro. En cada acontecimiento de la vida, la mirada manifiesta un reenvío hacia sí mismo, para que se capte su situación o su derrota. La mirada del agredido plantea, sin regateos, un clamor de compasión, sin la cual, todo está perdido. Mucho antes que las palabras, la mirada interroga por qué alguien se encuentra, en un momento dado, sin una sombra de compasión que obre a su favor.

Segundos antes puede suceder que, ante la inminencia del asalto, las miradas se enfrenten, porque quien viene y atropella trae a su vez una mirada, pero ¿qué significa esta mirada? El absurdo borra de un tajo cualquier resquicio de compasión si se señala que su respuesta puede ser: “mi compasión no es otra que dar la muerte”. Se estima entonces lo sucedido y lo que ha sido puesto en juego: la integridad de una vida enfrentada al desparpajo de la tosca inhumanidad de quien le ha dado la muerte. Volcada la gravedad de la muerte a la meticulosidad de los científicos forenses, siempre habrá lugar a preguntar: ¿Quedó acaso allí alguna huella de la humana compasión?

Cuando se inflige la violencia, se aprecia la paradoja de no ser alguien algo humano para otro. Solo entonces, con razones de justicia, se buscará escudriñar en esa paradoja hasta conseguir disolverla. Bien es así que un grave problema se pone de presente, una ardua dificultad de cara a la exigencia, mas nunca a la contingencia, de la humana compasión. Que dirima cada quien sobre una cosa y la otra; que revele las señales inadvertidas que anticiparían de manera consecuente el estado en el que se encuentra cada quien, porque todos somos ese otro que guarda algo en la mirada para clamar compasión o para llegar a darla.